

**LA ODISEA DEL
CREADOR**

Tomás Ruiz Guerrero

**LA ODISEA DEL
CREADOR**



EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: octubre de 2021
ISBN: 978-84-19027-12-2
Copyright © 2021 Tomás Ruiz Guerrero
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A mi madre, la mayor artista que he conocido.

“Escribir es la manera más profunda de leer la vida”.
Francisco Umbral

“Odisea: (f) Viaje largo, en el que abundan
las aventuras adversas y favorables al viajero”.
Real Academia Española

Índice

Prólogo	13
Capítulo 1. La importancia del contexto	15
Capítulo 2. Y la vida se manifestó con todo su poder. . . .	39
Capítulo 3. Una tragedia y un ejemplo	55
Capítulo 4. Sin aplausos ni violines	65
Capítulo 5. Cambiar no es fácil	75
Capítulo 6. Exponerse ante los demás	81
Capítulo 7. Miedo a no poder	87
Capítulo 8. ¿Demasiado tarde?	95
Capítulo 9. ¿Y ahora qué escribo?	105
Capítulo 10. Dónde y cuándo	121
Capítulo 11. La constancia.	131
Capítulo 12. Ser original	141
Capítulo 13. El perfeccionismo	145

Capítulo 14. Proteger nuestro sueño	155
Capítulo 15. La odisea del creador.	163
Epílogo.	169
Agradecimientos.	173

Prólogo

En el mundo real, al contrario que en las películas, cuando vivimos acontecimientos que provocan cambios en nuestras vidas, no suenan trompetas, redobles de tambores o música de violines. No hay fuegos artificiales, ni aplausos, ni un personaje secundario que pasaba por allí y afirma, en una oportuna línea de diálogo, que nosotros, los héroes de la historia, nos hemos transformado.

En la vida real, no tiene por qué haber testigo alguno y, de hecho, es bastante probable que nosotros mismos no seamos conscientes de que el suceso experimentado vaya a cambiar nada en absoluto. A veces la vivencia del acontecimiento es solo una semilla que cae en la tierra y que precisa de otros muchos factores para germinar y acabar dando su fruto. De esos otros factores depende que la semilla no acabe, empujada por el viento, en tierra yerma, donde se secará y se tornará inútil.

A veces, un detalle visto u oído, una palabra o un gesto acaban por dibujar una idea en nuestra mente que queda flotando en el éter de nuestra consciencia. Esa idea puede secarse y morir, o puede constituir el origen de una transformación que puede acabar poniendo patas arriba una vida.

En mi caso, en una tarde de mayo, vi en un trazo ajeno un hecho sorprendente que acabó siendo la semilla que dio origen a este libro y a los que debían venir después. En ese momento no fui consciente de que allí empezó a desencadenarse todo. Sin embargo, casi tres años después, tras un periodo convulso, lleno de miedo y desorientación, cuando me surgió la pregunta de cómo había llegado a ese momento en el que sí sonaron trompetas, miré hacia atrás y comprendí cuál había sido la génesis de ese proceso.

Escribo este libro para constatar ante mí mismo mi porqué y mi cómo. Para poner orden en el caos de mi transformación, que me hizo deambular errático, dando dos pasos adelante y dos atrás, hasta que decidí que iba a poner luz en mi mundo ayudándome de la palabra, exorcista de demonios, domadora de fieras, catalizadora de certezas, asesina de la imprecisión y hada buena del autoconocimiento. Para trazar en el mapa la línea del camino andado y del que estaba por andar. Porque no podemos llegar a nuestro destino si no sabemos dónde estamos.

CAPÍTULO 1

LA IMPORTANCIA DEL CONTEXTO

Cuando escribo estas líneas soy un tipo corriente de cuarenta y tres años, casado y padre de una niña y de un niño. En casa también vive una gata, que es más de mi mujer que mía y, aunque juego con ella de vez en cuando y la acaricio cuando se deja, su cuidado es probablemente lo único que en mi hogar no está dividido al cincuenta por ciento entre los cónyuges.

Estoy, pues, metido hasta el tuétano en la mediana edad, lejos ya del frescor y optimismo tontorrón de la juventud. Por lo general, soy consciente de ello durante todo el día, aunque la primera toma de conciencia la tengo, como debe ser, nada más levantarme. Esto es muy importante para empezar la jornada con perspectivas realistas. Como soy de ducha vespertina, pues me gusta meterme en la cama con la agradable sensación de estar limpio y perfumado, lo primero que hago por la mañana es apagar el despertador tratando de no tirarlo al suelo de un manotazo e ir a lavarme la cara con agua bien fría.

Cuando el agua refresca mi cara, se produce uno de esos momentos misteriosos y profundos de toda vida humana,

porque, mientras aún estoy en la cama y mi mente vaga por las brumas que hay entre el sueño y la vigilia, debatiéndose entre dormir cinco minutos más o dar la orden a mis abdominales de que se contraigan para empezar a perder la horizontalidad, no me siento muy distinto de cuando era niño y, en vez de levantarme para ir a trabajar, lo hacía para ir al colegio.

Cuando por fin pongo los pies en el suelo y me yergo, llegan las primeras pistas de que ese cuerpo que me sostiene ya no es el del colegial. Los primeros pasos hacia el baño vienen acompañados de ciertos dolores articulares, crujidos sospechosos y rigidez lumbar, pero la constatación definitiva, el golpe de realidad, llega cuando, como digo, me miro en el espejo justo después de secarme la cara. Ahí aparece el hombre adulto, las bolsas bajo los ojos, las arrugas, la alopecia y la decrepitud. En el espejo no veo al jovenzuelo aquel que se peinaba con tupé hace tantos años. En cambio, me aparezco como un ser algo flácido que está a medio camino entre mi padre y mi madre.

Si no fuera por esas señales de la madurez, no creo que en esencia haya cambiado tanto desde que era un crío. Es evidente que he aprendido mucho y que no pienso, hago y digo muchas de las tonterías sin sentido que pensaba, hacía y decía entonces. Algo bueno debe tener el paso del tiempo. Sin embargo, en lo esencial, la manera de mirar a través de mis ojos, desde dentro de mi cráneo hacia afuera, no ha cambiado tanto. Al recordar ciertos momentos fundamentales de mi existencia, los sentimientos que se producen en mí son los mismos y mis reacciones ante los estímulos externos son,

digamos, más controladas, pero me mueven las mismas pasiones, me inquietan las mismas preguntas y me paralizan los mismos miedos de siempre. Ahora proceso todos ellos de una forma algo más sofisticada, pero son básicamente los mismos que cuando era pequeño.

El caso es que nunca he sido particularmente brillante. No es falsa modestia, te lo aseguro. No soy tonto; eso también lo tengo claro. No obstante, mi velocidad de procesamiento, por expresarlo en términos informáticos, no es la más lenta ni la más rápida del mercado. Estoy ahí, en un cómodo punto medio de feliz mediocridad. Esto es algo que no he tenido la oportunidad de medir de forma más o menos objetiva. No me he sometido, o no lo recuerdo, a ningún test de inteligencia, así que te hablo desde mi percepción subjetiva, pero no creo que me equivoque mucho.

Lo que sí tengo claro es que me gusta pensar tranquilo, despacio, sin prisas ni agobios. No me gustan los ruidos, los desafíos mentales con límite de tiempo o los trabajos que el jefe quiere para ayer. Esas prisas no van conmigo, me ponen enfermo y las odio con todas mis fuerzas.

Para el trabajo intelectual (el deporte es otra cosa), soy más de ritmo sostenido, siguiendo la cadencia natural de mis pistones cerebrales. Hay quien disfruta estrujándose las meninges para dar lo mejor de sí en un periodo corto de tiempo; pocas cosas están más alejadas de mi manera de ser.

Estoy casi seguro de que esa manera de razonar no es privativa mía y que mucha gente estará en una situación parecida. A veces me gustaría poder introducirme durante un breve periodo de tiempo en otras mentes para poder sentir

las maneras que tienen de enlazar unos pensamientos con otros y, así, compararlas con la mía. En ocasiones, he sucumbido a la tentación de preguntar a algunos (pocos) amigos de confianza al respecto, pero hace tiempo que no lo hago, pues, cuando me planto ante ellos, pongo cara de gravedad y les suelto un “¿Tú cómo piensas?”, se les desencaja la cara y me miran como si algún cable de mi cabeza se hubiera pelado. No es de extrañar, la pregunta tiene lo suyo, y más soltada de sopetón.

Si tuviera que describir cómo pienso, podría explicarlo de la siguiente manera: digamos que, de repente, una idea nace en mi mente como si una pompa de jabón emergiera de mi cerebro. Esa idea, esa pompa, en un momento cualquiera explotará haciendo *pop*, dando paso a otra burbuja, a otra idea. Esa nueva idea, a su vez, hará emerger otra idea relacionada (o no) con la anterior, y así, como en una reacción en cadena, nuevas pompas con nuevas ideas van surgiendo en un mogollón aparentemente caótico de conceptos.

El problema es que recopilar esos conceptos y unirlos en razonamientos complejos es difícil. Los homínidos como yo pensamos todo el tiempo, pero rara vez llegamos a conclusiones de valor en ese estadio en el que las ideas flotan en el éter y nos limitamos a saltar de una a otra sin orden aparente. Pensar es fácil, y más o menos lo hace todo el mundo, pero hilvanar razonamientos es algo muy diferente. Para poder hacerlo, para llegar a conclusiones, los tipos como yo necesitamos una conversación.

Cuando conversamos, tenemos que ordenar esas ideas para transformarlas en frases con sentido para el otro. Hay

que verbalizarlas, exponerlas tratando de que tengan un sentido lógico y, muchas veces, razonar sus porqués. A veces solo es necesario que nos escuchen, pero, si tenemos suerte, nuestro interlocutor, en sus respuestas, podrá mostrarnos una manera diferente de ver las cosas, podrá discrepar de todo o de parte de lo que decimos, expondrá sus argumentos y nos exigirá cierto rigor discursivo, lo que nos llevará a sofisticar aún más nuestros razonamientos en un esfuerzo que nos resultará beneficioso.

Después de una buena conversación, de esas que cristalizan en nosotros cambios en nuestra visión del mundo, casi podríamos decir que cambiamos como personas. Esto suena un poco exagerado, pero, los que hemos tenido la suerte de toparnos con buenos conversadores en nuestra vida, esos raros tesoros andantes que hay por el mundo, sabemos que, tras cada charla, algo de lo que llevábamos con nosotros muere en el proceso. Abandonamos una idea, o parte de ella, y adoptamos un nuevo filtro con el que interpretar algunos aspectos de la realidad. También pueden descubrirnos mundos que desconocíamos; despertar en nosotros nuevos intereses y preguntas.

Con el paso del tiempo, sin embargo, es posible que el espacio para este tipo de conversaciones se reduzca. En primer lugar, porque este tipo de personas escasea. Puede que esta sea una percepción personal y no hechos medidos (como todo este libro, en realidad), pero, quizá el funcionamiento de las redes sociales, omnipresentes en nuestro mundo, haya cambiado nuestra manera de interactuar con los demás. Muchos hablan usando a los otros como espejos, solo aptos para

reflejar la imagen propia, que es lo único que les importa. Usan a los interlocutores para mirarse y escucharse a ellos mismos. Solo vale el yo, mi, me, conmigo, con el *selfie* como única aportación y perfecto símbolo de una generación que solo quiere que la miren.

En segundo lugar, la vida del adulto está llena de cosas que hacer. Pasamos los días cumpliendo con decenas de tareas y responsabilidades, pasando de unas a otras sin poder disfrutar de espacios de cierta calma y paz. Para conversar hace falta tiempo, dedicación y atención al otro, y es muy difícil conseguir esto cuando estamos llevando los niños al colegio, poniendo lavadoras, trabajando en ese informe tan urgente, haciendo la compra en el supermercado o, una vez más, consultando nuestras redes sociales en el móvil.

Lo bueno es que, para poder pensar, no es imperativo que conversemos con los demás. Podemos sustituir esa actividad hacia afuera por conversar hacia dentro, con nosotros mismos. Una posibilidad es hablar solos, pero es algo que haríamos bien en hacer con mesura y en la más estricta intimidad. Hablar solos tiene mala fama, seguramente por motivos bien fundados. Conozco gente que se habla a sí misma, e incluso se llama por su nombre. No me parece mal si les funciona, pero si me imagino diciéndome algo concreto, rematando la frase con mi nombre de pila, me siento tan ridículo que hasta noto calor en las mejillas.

La conversación hacia dentro cuyos beneficios suelen ser reconocidos por la mayoría es escribir, actividad en la que no me siento incómodo en lo más mínimo si alguien me pilla haciéndolo. Solo por eso ya la encuentro más adecuada que

hablar solo. Otro beneficio es que no necesitas un interlocutor al que realmente interesen nuestros devaneos mentales o, en su defecto, que tenga la paciencia y la amabilidad de aguantarnos. Pero la virtud principal de escribir es que te obliga a un grado de precisión suficiente en el lenguaje que acaba provocando que todos esos pensamientos que van y vienen enloquecidos por nuestra mente acaben ordenándose y poniéndose más o menos en fila, consiguiendo que sea más fácil ponerles nombre, apellido y clasificarlos por orden de importancia. No me quiero detener ahora en este punto, puesto que me parece tan importante que le dedicaré un apartado específico más adelante.

El caso es que, a falta de un servicio de conversadores veinticuatro horas y con un sentido del ridículo que impedía toda autocharla, recuerdo haberme sentido inclinado a expresarme escribiendo desde el inicio de mi adolescencia.

Gracias a Dios, soy hijo de un tiempo en el que los aparatos informáticos con enormes catálogos de juegos y aplicaciones, y las plataformas de emisión de series no podían ni imaginarse, así que, durante mi infancia, no tuve muchas opciones para entretenerme. En mi caso particular, las opciones se reducían a tres, como mucho: o jugaba al fútbol con mis hermanos, o lo hacía con mis juguetes, o leía.

Leía un poco de todo, aunque lo que más me gustaba eran las recopilaciones que hacía la Editorial Bruguera de Mortadelo y Filemón. Teníamos una colección de unos cuantos volúmenes y, especialmente mi hermano mayor y yo, los leíamos una y otra vez, hasta que, de puro uso, acabábamos separando las páginas del lomo del libro. Me partía de risa con muchas de

las situaciones de los dos espías de la T. I. A., pero con lo que llegaba a llorar, literalmente, era cuando, en el final de algunas historietas, el bueno de Filemón acababa corriendo envuelto en llamas, víctima de alguna jugada de Mortadelo.

Leía, como debe ser, sin más pretensión que divertirme. Sin embargo, aunque entonces no me daba cuenta de que podía estar naciendo un interés, empecé a disfrutar haciendo las redacciones que nos ordenaban los profesores en el colegio.

Odiaba hacer deberes y odiaba, en general, todas las asignaturas. La mayoría de los profesores no me gustaban y me repateaba tener que pasar horas y horas en clase escuchando tonterías, en vez de estar haciendo cosas más divertidas. Sin embargo, cuando nos mandaban a hacer una redacción, fuese del tema que fuese (si el tema era libre, no cabía en mí de gozo), afrontaba los deberes con una alegría inusitada. Me gustaba sentarme en mi escritorio, ante dos o tres folios y, boli en mano, imaginar lo que iba a explicar en aquella redacción. Escribir una redacción siempre tenía para mí una parte de juego, en la que disfrutaba planeando cómo podía contar algo gracioso o interesante. De alguna manera, deseaba sorprender al profesor con algún giro inesperado o con un juego de palabras. Si, además, debíamos leer la redacción ante el resto de la clase, las ganas de deslumbrar a mis compañeros se volvían casi insoportables.

De hecho, por lo general, en el colegio me importaba un pimiento lo que los profesores pensarán de mí. Si era buen o mal chico, si se me daban bien las matemáticas o si era capaz en gimnasia. Eso sí, que consideraran que escribía bien las redacciones me hacía sentir muy especial y orgulloso.

A partir de entonces, trataba de aprovechar todas las oportunidades de escribir que se me presentaban, que tampoco eran muchas, además de las ya mencionadas redacciones. La que más recuerdo, cuando tenía unos doce años, tuvo que ver con el periódico que el colegio editaba por aquel entonces y que repartía entre el alumnado una vez al mes. El nombre del periódico era *Porvenir*, denominación que, interpreto, pretendía ser una evocación romántica de que los niños son el futuro o de que, como niños, teníamos futuro, o vaya usted a saber. Aún hoy no sé si me gusta el nombre del periódico o si me parece una gilipollez.

En el *Porvenir* se daba información que podía ser de interés para padres y alumnos y la dirección del centro aprovechaba para darse un poco de autobombo, nombrando todas las iniciativas fantásticas que se habían tomado, en un intento de constatar la excelente marcha y organización de la escuela. Sin embargo, la mayor parte del protagonismo, después de esas primeras páginas de información institucional, era para los alumnos. Allí se podían encontrar artículos de opinión, noticias relacionadas con los equipos deportivos del colegio y cualquier otra que tuviera que ver con los alumnos y sus quehaceres.

Un día, uno de los profesores (soy incapaz de recordar quién) nos propuso escribir un artículo de opinión sobre la tauromaquia. Debíamos argumentar nuestra postura sobre las corridas de toros y la intención del colegio era publicar en el siguiente número del *Porvenir* los dos mejores artículos, uno a favor y uno en contra, para alimentar la sección de opinión.

Como digo, no recuerdo qué profesor nos lo propuso, pero, cuando oí que el artículo podía ser publicado en el periódico, se activó la luz roja del detector de posible gloria que tenía instalado en mi cerebro infantil. Era una oportunidad para que alguien más que el profesor de turno o mis compañeros de clase leyeran un escrito mío. Ahora podría leerlo todo el colegio. ¿Qué digo todo el colegio? Podrían leerlo todos los profesores, todos los alumnos, sus padres, sus tías del pueblo y, así, en una reacción en cadena imposible de detener, ya me veía escribiendo artículos de opinión en *The New York Times*.

No recuerdo qué escribí ni cuáles fueron mis argumentos. Probablemente, el artículo era un conjunto de tonterías, imprecisiones y sinsentidos vomitados por un niño sobre un tema que desconocía por completo. Pero lo importante no era sentar cátedra ni convencer a nadie. Lo importante era la publicación, con el consecuente premio al ego y al narcisismo de aquel mocoso impertinente. Aún recuerdo la satisfacción que sentí cuando descubrí mi artículo en uno de los últimos números del curso. No cabía en mí de gozo.

Pasé un par de días en los que, de vez en cuando, me acordaba de que mi nombre estaba en una publicación escolar y, casi a escondidas, porque ya sabía que un exceso de amor propio no era algo bueno para mi desarrollo, abría el periódico en la página en que estaba el artículo, lo releía, deleitándome en la complacencia, confirmaba que bajo aquellas columnas siguiera mi nombre y volvía a mi vida normal de crío despreocupado.

Acabó el curso, llegó el verano y con él las vacaciones. El periódico del colegio, el artículo con mi nombre y mi amor

por las redacciones quedaron pronto ocultos bajo el polvo que hace posar el tiempo sobre algunos recuerdos y no volví a pensar en ellos hasta hace muy poco. Un par de años más tarde, nos mudamos de piso y nunca supe dónde acabó aquel número del *Porvenir*. Ni lo supe ni me interesé por él. Sin más, lo olvidé.

Olvidé esa pequeña llama que me encendía la escritura de redacciones sobre las vacaciones de verano. Olvidé las ganas de sorprender con mis palabras y de ser reconocido por ello. Seguí leyendo, pero, aunque me entretenía como siempre, no tuvo por un tiempo más importancia para mí que otras actividades de ocio. Hasta que conocí a Carrie White.

No sé cómo llegó a mi poder un ejemplar de *Carrie*, la primera novela publicada de Stephen King. Era una edición de bolsillo de la editorial Plaza y Janés y pertenecía a una colección llamada “Los JET de Plaza & Janés”. Para el goce de los nostálgicos españoles, puedo decir que costaba cuatrocientas cincuenta pesetas, precio que se podía ver impreso encima del código de barras. El equivalente actual a la friolera de dos euros y setenta céntimos.

En la portada, había una imagen de una mujer vestida con una especie de camisón blanco que sujetaba un cuchillo en su mano derecha, mientras que con el brazo izquierdo abrazaba a una joven, también vestida de blanco. La editorial había tomado prestado uno de los fotogramas de la película que rodó Brian de Palma a mediados de los setenta. Yo no había oído hablar de la película ni conocía la historia así que, erróneamente, creí al principio que la tal Carrie era la mujer del cuchillo. Este hecho me produjo un cierto disgusto, porque

creí que me habían inducido a un engaño con el diseño de la portada, pero, una vez inmerso en la lectura, olvidé mi indignación por completo; fue la primera novela que me produjo adicción y no lo digo en sentido figurado.

No podía parar de leer; necesitaba saber qué sucedía a continuación y toda otra actividad, obligación o tarea que tuviera que atender se me antojaba completamente insoponible si debía apartarme de leer aquella historia. Cuando me sentaba a hacer los deberes, guardaba la novela en el primer cajón del escritorio para apartarla de mi vista y evitar la tentación. Sin embargo, trabajaba en mis tareas mirando de reojo la cajonera, tratando de convencerme de que, total, por cinco minutos de lectura no iba a dejar de hacer los deberes. Así que, en cuanto percibía que mis padres estaban en el extremo opuesto del piso o entretenidos con sus cosas, abría el cajón y leía a escondidas todo lo que podía. Por supuesto, no era capaz de leer solo cinco minutos y trataba de avanzar rápido, no fuera a ser que decidieran venir a preguntarme si había acabado mis obligaciones y, al comprobar la verdad, me confiscaran el libro. Tenía que acabarlo como fuera.

Aquella novela hizo las veces de un primer amor, en este caso, literario. Cuando la terminé, me dejó una sensación de pérdida, de orfandad, que, aunque se ha repetido con posterioridad en ocasiones, quizá por ser la primera vez, fue la más intensa de todas. Un sentimiento agrisado, una alegría por estar triste, difícil de entender para el que no la ha sentido nunca. En esas ocasiones estás triste porque has terminado con una lectura que te ha hecho disfrutar enormemente, pero sientes que es casi imposible que otro libro te llene como

lo ha hecho aquel. Casi “sabes” que no volverás a ser feliz de aquella manera, pero estás muy agradecido de haber vivido esa experiencia mágica.

Fue después de leer *Carrie* cuando empecé a pensar en los escritores y en los efectos extraordinarios que sus obras pueden ejercer en los lectores. Con esa novela me asomé a la magia de la palabra como herramienta para crear mundos enteros y sensaciones que consiguen que vivamos otras realidades y otras vidas.

Seguí leyendo TBO y novelas sin descanso, y, seguramente por la tendencia natural de imitar lo que admiramos, con la esperanza de poder ejercer también ese poder, aunque fuera en un grado mucho menor, empecé a escribir mis propios textos. Solía escribir sobre lo que me había pasado o lo que había vivido con mis amigos, aunque dramatizándolo para hacer esas historias más interesantes y divertidas. También escribía poemas en tono satírico, en los que trataba de sacar de quicio cualquier asunto común. Estos poemas solían tener la forma aproximada de un soneto, no porque pretendiese darles una estructura formal como tales, sino porque era la única composición poética que podía recordar, y porque los catorce versos me parecían suficientes como para explicar completa la historia que se me había ocurrido. Por supuesto, no me molestaba en contar sílabas para que los versos fueran endecasílabos y me limitaba a que, “de oído”, me parecieran todos de la misma extensión. Eso sí, respetaba los cuartetos y los tercetos; no era tan bárbaro.

Las historias en prosa las escribía en libretas escolares de tamaño folio y solo se las dejaba leer a algunos amigos muy cercanos y a mi madre, que, como todas las madres, era mi fan número uno y leía mis tonterías con la buena intención que da el amor más desinteresado, queriendo ver lo mejor de aquellos intentos, la esencia de lo que trataba de comunicar y no los defectos formales. Lo hacía por amor materno, por supuesto, pero también, aunque tardé muchos años en entenderlo, era una característica primordial de su carácter; tanto para leer mis historias como para dirigirse en la vida, los detalles superfluos nunca la distrajeran de lo fundamental.

La risa de mi madre, cuando se reía de verdad, siempre acababa rompiéndose en un par de toses, supongo que por su condición de asmática. Era como si, al reírse a fondo, llegara aire más profundo en sus pulmones de lo habitual, excitando alveolos que, de normal, permanecían casi inertes y que reaccionaban protestando cuando llegaba una ventolera mayor de lo acostumbrado.

Cuando escribía estas historias, me gustaba mirar a mi madre mientras las leía y tratar de anticipar sus reacciones cuando calculaba que iba a llegar a los giros y golpes de efecto. Ella permanecía absorta leyendo y se olvidaba por completo de que yo estaba observándola. Una de las historias con la que más se rio trataba de un hombre que salía del médico después de que le dieran una mala noticia. El lector sabía que el diagnóstico había causado un gran impacto al protagonista, pero desconocía los detalles de la nefasta noticia. Así, en el relato, el personaje principal salía de la consulta apesadumbrado, replanteándose el sentido de su vida y preguntándose

qué iba a hacer a partir de entonces. Caminaba bajo la lluvia hasta su coche y ni siquiera podía reunir fuerzas para abrir el paraguas, aunque llovía con fuerza. Estaba empapado, pero todo le daba igual. Una vez sentado en su asiento, apoyó la frente en el volante y maldijo su destino. La adolescencia había quedado atrás hacía tiempo, pero aún era joven y la terrible noticia le había llegado cuando aún no había conseguido una pareja estable o tener hijos. Ahora esos planes le parecían una quimera, un absurdo. Arrancó el motor y, con la mirada vidriosa, se juró que, a partir de aquel día, de aquel preciso día, no volvería a dejarse arrastrar por convenciones sociales ni compromisos estúpidos. Iba a consumir su tiempo haciendo lo que realmente deseara y no lo que desearan los demás. Pensó en los años perdidos tratando de conseguir un ascenso que le proporcionara un mayor estatus. Se recordó cediendo ante su jefe, vendiendo parte de su dignidad por la palmadita en la espalda de un cretino. La ira y el arrepentimiento se anudaron en su estómago y era tal el calor que sentía que sus ropas mojadas no le incomodaban en absoluto. Ya estaba bien de contemplaciones. Su yo más brutal y salvaje había despertado. De repente se sentía eufórico, casi maniaco. Se incorporó al tráfico y se detuvo en el primer semáforo de una gran avenida. Frente a él, cientos de metros de asfalto libre de vehículos. Cuando se encendiera la luz verde, decidió, iba a acelerar con toda la potencia que fuera capaz de entregar su motor. Se había pasado media vida tratando de consumir poco, de ahorrar, acariciando el acelerador, en vez de pisarlo. Metió la primera marcha y se dispuso a salir de aquel semáforo como si fuera la salida de un gran premio

de Fórmula 1, cuando una figura familiar atrajo su atención. A unos cien metros, en la acera de la derecha, se refugiaba bajo la marquesina de una parada de autobús un hombre alto y enjuto que vestía una gabardina negra. Su cabello era rojizo y sus gafas redondas brillaron mientras miraba hacia el maletín que portaba en su mano derecha. Tal combinación de detalles hizo que no tuviera duda alguna de la identidad de aquel hombre. Era un antiguo profesor de su instituto, un individuo déspota y cruel. Un tipo altivo y sádico que disfrutaba humillando a los alumnos menos brillantes. Aún podía oír la voz de aquel demonio diciéndole: “¿Cuántas letrass va a cambiar hoy de orden, sseñorito?”, riéndose de la dislexia que tanto lo había hecho sufrir mientras estudiaba. Miró a aquel tipo, a aquel cuervo siniestro, y, ya liberado de todo control, pensó en dirigirse hasta él y partirle la cara a puñetazos. Sin embargo, vio que, junto al bordillo, frente a la parada del autobús, había un gran charco, largo y profundo. En la parada, solo el profesor, de modo que no habría víctimas colaterales. Iba a darle una lección. El semáforo se puso en verde y las ruedas chirriaron perdiendo adherencia sobre el mojado asfalto. El motor rugió con furia, cosa que llamó la atención de aquel tipejo infame, que trató de ver a través del parabrisas del coche, con aquellos ojos pequeños y fríos. Segunda marcha, el vehículo ganaba velocidad mientras, girando el volante, acercó las ruedas al bordillo, asegurándose de que el impacto contra el agua desplazara una gran cantidad de aquella hacia el profesor. Tercera marcha. El profesor, que era tan agudo como cruel, miró el coche, después el charco, después, con los ojos desencajados, otra vez al coche, y supo

que era demasiado tarde para evitar lo que iba a acontecer. De repente, su mirada se clavó, ahora sí, en el conductor, ya suficientemente cerca para ser reconocible. Un destello de ira iluminó sus marmóreos ojos y gritó, señalando con el dedo: “Tú”. Lo había reconocido, lo cual hacía de aquel acto una venganza en toda regla. Mientras apretaba con fuerza el volante empezó a reír, poseído por la locura. Una risa histriónica, de mandíbula desencajada, mientras clavaba su mirada en la del profesor. Al tiempo que las ruedas del coche pisaron el agua, un alarido salió del vehículo y fue audible en toda la calle: “JO DE TEEEEEEEE”. Una gran cortina de agua se levantó dos metros sobre el suelo. El profesor trató de protegerse con su maletín, pero fue inútil. El impacto fue tan grande que se cayó hacia atrás, rodando por el asfalto, cubierto de agua y humillado. Un acto de justicia que alivió su pesar en aquella tarde en la que le habían diagnosticado que su calvicie era genética y que no había loción, píldoras o tratamientos mágicos que pudieran hacer nada al respecto. Era un calvo sin remedio.

Mi madre leyó la historia y aún hoy puedo oír sus carcajadas y sus toses, sus toses y carcajadas, todas mezcladas en lo que fue música para mis oídos. Me había metido en su mente, había dibujado en ella con palabras una fantasía que ella vivió y rio como real, y olvidó sus problemas durante unos segundos.

Pese a todo, escribir no pasaba de ser un juego y creo que no llegué a plantearme que pudiera ser una posibilidad real.

Soñaba con escribir como el que sueña con ser delantero del Real Madrid cuando es de los jugadores menos dotados del colegio. Pensaba que sería bonito, pero no tenía ninguna confianza en que pudiera llegar a suceder en realidad.

La infancia es un lugar (sí, un lugar) extraño. Gran parte de los paradigmas que después usaremos para orientarnos en la vida los adquirimos cuando somos niños y cuando somos adultos nos cuesta horrores deshacernos de ellos. Son creencias esculpidas en granito y tienen una alta resistencia a todos los elementos que vendrán más tarde en forma de conocimientos y experiencias.

La mayoría de las creencias y convicciones que adquirí en mi infancia me han ayudado mucho, pero, una vez transcurrido el tiempo, creo que algunas de ellas influyeron en que no me llegara a plantear como algo posible convertirme en escritor.

Mis padres construyeron un hogar seguro y lleno de amor. Se quisieron siempre con locura y nunca los vi faltarse al respeto. Siempre pusieron la felicidad de sus hijos por encima de la suya y no puedo estar más agradecido por todo lo que hicieron por mí y por mis hermanos. No teníamos un duro, pero tuve una infancia muy feliz. Una de las manifestaciones de ese amor hacia los hijos consistía en que la posibilidad de que alguno de ellos pasara hambre y tuviera que vivir debajo de un puente no les entusiasmara precisamente, de manera que nos educaron en la importancia de que nos procuráramos una profesión “de verdad” con la que ganarnos la vida. Lo aconsejable era ser médico, abogado, profesor o cualquier otro trabajo que asegurara un sueldo suficiente para mantener a una familia.

Los artistas, en cambio, eran vistos con un punto de sospecha, especialmente por mi padre, cuyo carácter ordenado y extremadamente racional poco tenía que ver con el caos que se suele atribuir a las personalidades creativas. No lo culpo por ello. Al fin y al cabo, lo que la población general podía conocer de los artistas tenía que ver más con los escándalos y los, digamos, malos hábitos de consumo que con el arduo trabajo de los que se encierran en su estudio y llevan vidas disciplinadas y felices. Estos casos dan menos juego y, claro, no interesan a casi nadie.

Los escritores en particular acumulan motivos como para que unos padres cabales no alberguen grandes esperanzas de que un hijo quiera serlo. No digo tampoco que genere un rechazo frontal, pero tampoco es una idea que haga ilusión al progenitor medio. La mayoría de la gente no lee libros y, aparentemente, cada vez se leen menos. Es muy difícil que los nuevos escritores vean una de sus obras publicada por una editorial y, cuando es así, reciben una cantidad de dinero ínfima por cada ejemplar vendido. Además, sus creaciones son una gota en un océano de obras literarias, en el que es casi imposible destacar. La autopublicación resuelve el problema de ser aceptado por una editorial tradicional, pero hace mayor el de destacar sobre los demás. Todo son inconvenientes.

Por no hablar del —posiblemente— mayor riesgo laboral que sufre ese colectivo, producto, quizá, de asomarse demasiado, o durante demasiado tiempo, a sus propios abismos: el suicidio. Puede que pienses que estoy exagerando un poco. Díselo a Woolf y a sus bolsillos llenos de piedras, a Hemingway y a su escopeta, a Plath y a su horno de gas, a Zweig y

a sus barbitúricos, o a la soga de Foster Wallace, por poner solo unos ejemplos de una lista realmente extensa de casos de escritores que decidieron quitarse de en medio antes de tiempo.

Todos estos motivos los menciono yo ahora, tratando de racionalizar esa desconfianza hacia los artistas que se podía percibir en mi hogar infantil, puesto que nada de ello era verbalizado de forma expresa. Yo me consideraba un chaval disciplinado, de orden y racional, que era como se debía ser. Probablemente admiraba a mi padre, deseaba ser como él, y quería adoptar todos sus rasgos de personalidad, hacerlos míos. Suponía que mi carácter era muy diferente de lo que se precisaba para ser un escritor o un artista genuino así que, supongo otra vez —y parece que escribiendo esto estoy haciendo terapia—, vivía en una especie de conflicto. Por una parte, algo natural en mí tendía a hacerme soñar con escribir y con practicar otras formas artísticas que se manifestarían años más tarde; por otra, ciertos aspectos de mi educación, abrazados de forma voluntaria, no me permitían entregarme a ello sin recelos. Eso o estoy culpando a factores externos de mi falta de determinación. Todo puede ser.

El caso es que soñaba con ser escritor, pero eran sueños tímidos, como hechos de nubes. Los manotazos del mundo real, las creencias adquiridas, la tendencia a la imitación del padre, la indolencia, o todos los anteriores juntos, deshacían esas nubes, impidiendo que se compactaran de forma que me pusieran en posición de tomármelos en serio como proyecto vital.

Lo que creemos en realidad tiene más que ver con lo que hacemos que con lo que decimos. Puedo afirmar que deseo

ser escritor, hablar sin parar de novelas, de autores o del oficio de escribir, pero, si no creo que pueda serlo en realidad, si no concibo que sea algo realizable o un objetivo digno de ser perseguido pese a todos los sacrificios que pueda suponer, es muy difícil que supere la resistencia que produce enfrentarse a ese esfuerzo. La desazón siempre superará a un sueño sin esperanza. De juzgar imposible el objetivo, ¿merecería la pena el sacrificio?

Yo creía, en el fondo, que tratar de ser escritor no era un proyecto serio para un tipo como yo. Seguramente por eso y porque me lo pasaba bien haciéndolo, cosa que, como yo creía entonces, era aplicable solo a las aficiones y no a los trabajos, todo lo que escribía tenía que ver con lo cómico o lo absurdo.

Por poner otro ejemplo, en mi última etapa en el instituto, un grupo de amigos decidimos refundar el periódico del centro con la excusa de escribir las crónicas de nuestro viaje de tercero de B. U. P. a Praga. Adolescentes, Praga y cerveza en grandes cantidades dieron para mucho y nos conjuramos para inmortalizarlo en una publicación que iba a ser mensual. Osados e inconscientes, no nos planteamos en ningún momento de qué íbamos a escribir cuando se nos acabaran las anécdotas, aunque tampoco tuvimos tiempo de llegar a ese punto. Como pretendíamos escribir sin tapujos y con toda libertad, pero tampoco éramos tan idiotas, acordamos escribir bajo seudónimo para que los profesores del centro no sintieran la tentación de represaliarnos por nuestras indiscreciones. El periódico fue un éxito entre los alumnos, que se partían de risa leyéndolo, pero no gustó tanto a los

profesores, según ellos, porque los valores que de aquellos artículos se inferían no eran apropiados. Tras la publicación de dos números, nos cancelaron el periódico y se acabó la diversión. Mi carrera como escritor juvenil fue, como ves, bastante escasa y, fuera de mi círculo más íntimo, del todo intrascendente.

Después del instituto llegó la universidad, dejé de escribir por completo y casi dejé también de leer. Bueno, casi dejé de leer libros interesantes, pues tuve que sustituirlos por los manuales de mi carrera, que podían matar de sopor al más fanático de los estudiantes.

Como había visto muchas películas de abogados y me sabía de memoria los diálogos de *Algunos hombres buenos*, decidí estudiar derecho. A veces me imaginaba como los letrados de las películas, recitando un alegato brillante tras otro, ganando juicios, haciendo el bien y engordando mi cuenta corriente, así, todo a la vez, y me acabé matriculando de esa carrera.

Fue un error mayúsculo. Odié la carrera. Odié la mayoría de las asignaturas. Odié la vida en la universidad, a la gran mayoría de mis compañeros y lo que intuí que iba a ser la realidad de mi trabajo cuando terminase los estudios. Odié las asociaciones estudiantiles, los viajes en metro enlatado como una sardina y las horas punta. Solo dos compañeras muy generosas hicieron que las horas que pasé en aquella fábrica de triturar carne no fueran un completo infierno.

Fue un periodo vital convulso sobre el que no me voy a extender, pues no es el objeto del libro; ya lo haré en mis memorias si llega el caso. Lo que sí es relevante para lo que nos

ocupa es que al final dejé la carrera y opté por una profesión completamente diferente a la de abogado, que no voy a mencionar, directamente. Una vez establecido en mi nueva carrera, me casé con mi novia y nos dedicamos a vivir la vida y a gastarnos el dinero como un par de jovencitos sin hijos ni responsabilidades, aunque esto último no duró demasiado.

Pese a que en los últimos años de soltería me había prometido a mí mismo que no iba a tener hijos, a los treinta y dos años ya tenía la parejita. Era un marido y padre joven, lleno de energía, con una profesión que disfruté durante los primeros años y una vida plena por delante. No podía pedir más.

¿QUIERES SEGUIR LEYENDO?

Puedes comprar el libro a través de los siguientes enlaces, en formato físico o digital.

[COMPRAR LIBRO FÍSICO](#)



[COMPRAR LIBRO DIGITAL](#)

